

DÍA DEL PERIODISTA

Año 2006

RECONOCIMIENTO A BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT



ACADEMIA NACIONAL DE PERIODISMO
Buenos Aires
2006

Academia Nacional de Periodismo

Miembros de número

ARMANDO ALONSO PIÑEIRO	LAURO F. LAÍÑO
GREGORIO BADENI	JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
NORA BÄR	FÉLIX LUNA
RAFAEL BRAUN	ENRIQUE J. MACEIRA
CORA CANÉ	ROBERTO MAIDANA
NELSON CASTRO	ENRIQUE M. MAYOCHI
JUAN CARLOS COLOMBRES	JOAQUÍN MORALES SOLÁ
JORGE CRUZ	ALBERTO J. MUNIN
HÉCTOR D'AMICO	ENRIQUETA MUÑIZ
DANIEL ALBERTO DESSEIN	ENRIQUE OLIVA
JOSÉ CLAUDIO ESCRIBANO	LEONARDO PITA ROMERO
ROBERTO A. GARCÍA	ANTONIO REQUENI
OSVALDO E. GRANADOS	MAGDALENA RUIZ GUIÑAZÚ
MARIANO GRONDONA	FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
ROBERTO PABLO GUARESCHI	DANIEL SANTORO
JORGE HALPERÍN	ERNESTO SCHOO
RICARDO KIRSCHBAUM	RAÚL URTIZBEREA
BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT	BARTOLOMÉ DE VEDIA

Miembros eméritos

Napoleón Cabrera - José María Castiñeira de Dios

Miembros correspondientes en la Argentina

EFRAÍN U. BISCHOFF - CARLOS HUGO JOMET (CÓRDOBA)
LUIS F. ETCHEVEHERE - CARLOS LIEBERMANN (ENTRE RÍOS)
JORGE ENRIQUE OVIEDO (MENDOZA)
CARLOS PÁEZ DE LA TORRE (TUCUMÁN)
HÉCTOR PÉREZ MORANDO (NEUQUÉN)
JULIO RAJNERI (RÍO NEGRO)
GUSTAVO JOSÉ VITTORI (SANTA FE)

Miembros correspondientes en el extranjero

MARIO DIAMENT (ESTADOS UNIDOS)
ELISABETA PIQUÉ (ITALIA)
ARMANDO RUBÉN PUENTE (ESPAÑA)
ANDRÉS OPPENHEIMER (ESTADOS UNIDOS)

Mesa Directiva

Presidente: BARTOLOMÉ DE VEDIA
Vicepresidente 1º: LAURO FERNÁN LAÍÑO
Vicepresidente 2º: ROBERTO PABLO GUARESCHI
Secretario: JOSÉ IGNACIO LÓPEZ
Prosecretario: FERNANDO SÁNCHEZ ZINNY
Tesorero: ENRIQUE MARIO MAYOCHI
Protesorero: ALBERTO J. MUNIN

Comisión de Fiscalización

Miembros titulares: ENRIQUETA MUÑOZ
RAFAEL BRAUN
ROBERTO MAIDANA
Miembros suplentes: CORA CANÉ
BERNARDO EZEQUIEL KOREMBLIT
NORA BÄR

Comisiones

Admisión: ARMANDO ALONSO PIÑEIRO, ENRIQUE J. MACEIRA Y ALBERTO MUNIN.

Biblioteca, Hemeroteca y Archivo: ENRIQUE MARIO MAYOCHI.

Concursos, Seminarios y Premios: JORGE CRUZ, COORDINADOR.

Libertad y Ética Periodística: LAURO F. LAÍÑO, RAFAEL BRAUN, ALBERTO J. MUNIN, ENRIQUE J. MACEIRA, ENRIQUE OLIVA.

Publicaciones y Prensa: ANTONIO REQUENI, coordinador.

Declaración por el Día del Periodista

La celebración, el 7 de junio de 2006, del Día del Periodista dio motivo a que nuestra Academia hiciera pública la siguiente declaración.

El 7 de junio próximo se celebrará en todo el país el Día del Periodista, instituido para conmemorar la fundación de la Gaceta de Buenos Aires, la histórica publicación de Mariano Moreno que marcó, en 1810, el momento inaugural de la prensa argentina.

Con motivo de esa celebración, la Academia Nacional de Periodismo considera oportuno recordar la función esencial que el periodismo debe cumplir, necesariamente, en una democracia.

La prensa es uno de los instrumentos fundamentales con que cuenta la ciudadanía para ejercer un control efectivo sobre los actos de los gobernantes. Esta verdad clara y simple, lamentablemente, no siempre es comprendida por quienes ejercen responsabilidades de conducción política. En días recientes, altos funcionarios del Estado emitieron declaraciones desafortunadas e injustas respecto de la labor profesional de ciertos periodistas prestigiosos de nuestro medio. Es preocupante que caracterizados integrantes del gabinete presidencial se permitan descalificar a quienes se desempeñan como columnistas o analistas de la realidad política en diferentes medios periodísticos. Esos funcionarios no comprenden que con esas actitudes le ocasionan un daño institucional gravísimo al principio constitucional de la libertad de expresión, pilar fundamental de nuestro sistema republicano.

No han sido éstas, sin embargo, las únicas agresiones que sufrió el periodismo en los últimos tiempos. También se han producido graves actos de violación de los correos electrónicos personales de distintos periodistas del medio local. No hace falta subrayar la gravedad que revisten estos desaprensivos ataques a uno de los

derechos fundamentales de cualquier ciudadano: el de mantener en reserva el contenido de su correspondencia privada.

La Academia Nacional de Periodismo desea manifestar su solidaridad con los dignos periodistas que han sido objeto, en diferentes oportunidades, de esas intempestivas agresiones verbales y advierte sobre el peligro que entrañan esas muestras de intolerancia, detrás de las cuales se advierte cierta tendencia a impedir o desalentar toda crítica a las acciones de gobierno. Ya se sabe a qué extremos indeseables puede conducir un sistema político o informativo de pensamiento único.

Los argentinos debemos asegurar la plena vigencia de la libertad de prensa y de opinión, sin la cual no es concebible el desenvolvimiento de una sociedad democrática y auténticamente pluralista.

La celebración del Día del Periodista debería marcar el comienzo de una nueva etapa, en la cual los periodistas concientes de su propia responsabilidad, puedan ejercer sin restricciones arbitrarias la función que les corresponde como garantía y salvaguardia de las libertades y los derechos ciudadanos y como fuerza generadora e integradora de las corrientes de opinión pública que posibilitan el desarrollo de una auténtica democracia.

Reconocimiento a Bernardo Ezequiel Korembli

Numerosos periodistas, escritores, amigos, lectores, gente sensible a las inquietudes que entraña la literatura y representantes de entidades culturales y de la colectividad judía se sumaron el 6 de junio de 2006 a los integrantes de la Academia Nacional de Periodismo para participar del acto que ésta hizo por el Día del Periodista, que se celebraba al día siguiente, y que se dedicó, en especial, al merecido reconocimiento de que se ha hecho acreedora la trayectoria que en los ámbitos afines de las letras y del periodismo tiene recorrida nuestro ex vicepresidente primero, Bernardo Ezequiel Korembli, con motivo, como pretexto formal, de hallarse a la sazón en vísperas de cumplir noventa años.

La reunión se efectuó en la sala Jorge Luis Borges de la Biblioteca Nacional, y en ella, los académicos Lauro Fernán Laiño y Jorge Cruz –junto con el presidente, Bartolomé de Vedia, a quien le cupo presentar el acto– se refirieron a la vasta y fecunda labor intelectual desplegada por Korembli en el transcurso de más de siete décadas de labor incesante y destacada, desde su incorporación a la redacción de Crítica, a comienzos de los años '30, y extendida más tarde sobre todo a través de libros de singular importancia y variadas aristas, como La torre de marfil y la política, El humor: una estética del desencanto y Coherencia de la paradoja, títulos –tomados entre muchos, con no poca arbitrariedad– que han marcado insoslayables hitos en la maduración cultural de nuestro medio.

La siguiente es la transcripción de los discursos de Laiño y Cruz y de las palabras de agradecimiento de Korembli.

De Lauro Fernán Laíño

**Vicepresidente primero de la
Academia Nacional de Periodismo**

Hay un tiempo exterior y un tiempo interior. Aquél corre según las leyes cósmicas y éste, según las de la propia percepción del Universo. La felicidad consiste, se me ocurre, en la conjunción de ambos tiempos, del mismo modo que la armonía social resulta de acompasar el ritmo de un pueblo al de sus realizaciones en común.

Cuando el tiempo de esas realizaciones atrasa, peligra el orden social, y si adelanta –generalmente las revoluciones dislocan el reloj del devenir–, es la propia Historia la que se encarga de volver al ritmo esencial que da y conserva la vida. Porque el tiempo se venga de las cosas que se hacen sin su colaboración, como nos lo advierte el ciclo biológico desde la imperturbabilidad de sus nueve meses.

Evolución y revolución no son más que coordenadas de ambos tiempos, el exterior y el interior. Si se acomodan, brindan felicidad y progreso. Si no lo hacen, se pierde el sentido de las consecuencias lógicas y el hombre se precipita por sí mismo, por sí solo, hacia la destrucción.

Un diario es un organismo vivo, y su aparición metronómica marca su propio ritmo interior. Su éxito depende –si es que el éxito se descifra– de su exacta adecuación al ritmo exterior. Los diarios equilibrados –superpuestos sus ritmos esenciales– hacen al perfil de la sociedad y configuran un tipo único de institución. Ocupan un lugar especial como guardianes de la libertad individual y colectiva; y su misión es brindar una visión objetiva del mundo. Sin equilibrio entre su tiempo exterior y su tiempo interior, pierden la razón de ser y derivan hacia el extravío.

Los diarios evolucionan con la sociedad, cambian lentamente con la transformación de las costumbres, adaptan muy gradualmente su imagen ante las imposiciones de la revolución tecnológica y llegan al público –en la entrega mutua de cada jornada– con una mezcla de novedad y tradición que es la que les brinda solidez y credibilidad.

Las revoluciones en periodismo –como en política– suelen volverse contra sus propios autores, haciendo víctimas a los victimarios. Una revolución en un diario tiene algo de dimisión, porque significa amputar sus raíces, desdeñar el compromiso de quienes lo alumbraron. La vicisitud empresarial modifica un diario, lo transforma, puede cambiarle la forma de andar y el timbre de voz.

Una decisión periodística generalmente lo confirma, lo ratifica en su acento, lo inscribe cada 24 horas en una convicción.

Los antiguos podían tardar siglos en construir una catedral porque tenían convicciones. El hombre moderno, en cambio, está huérfano de convicciones y pletórico de opiniones que suelen cambiar al influjo de las modas intelectuales o el capricho del contexto social. Los buenos periodistas se cimentan sobre convicciones, pero –paradójicamente– sólo se salvan –cuando se salvan– por su sagacidad para fundarse en opiniones.

Un diario –al igual que una universidad– demanda mucho tiempo para construirse y arraigarse. Necesita maestros y discípulos y requiere el favor del público, que tiene un secreto instinto para juzgarlo.

En ese convencimiento, aquí estamos esta noche los maestros y los discípulos. Los maestros, como Bernardo Ezequiel Korembli, a quien hoy venimos a decirle gracias por las horas compartidas en el diálogo cómplice que cada lector ha podido establecer con tal ilusionista del decir, un ilusionista que ofrece el poco frecuente placer de aprender sin esfuerzo.

Diálogo imprescindible, en un mundo día a día más complejo en que nuestras mentes se están volviendo cada vez más simples,

atraído el hombre sólo por aquello que pueden descubrir sus sentidos en un escenario visual y sonoro. De tanto someternos a las imágenes, nos estamos quedando huérfanos de comprensión. Hemos ampliado la visión del mundo, pero al precio de perder la intimidad imprescindible para vernos a nosotros mismos. De allí la coherente paradoja de que lo público haya invadido los hogares a través de los medios audiovisuales y de que lo íntimo y privado se haya convertido en espectáculo público.

Koremblit nos alerta. Con él hemos aprendido los periodistas cómo puede brindarse en cada página una lección, en cada columna un vaticinio y en cada línea una advertencia, siempre con una sonrisa tenue. Como tenues son los pasos del comprador ambulante de fantasías, nómada de sí mismo, amigo de todas las calles con las que –presumo– dialoga Ezequiel en su andar fecundo por Buenos Aires, ligero en el deslizarse, que lo lleva y lo trae por particularísimos laberintos. Siempre supuse que, cuando camina sus largas distancias, traza un rumbo que tal vez lo lleve a perderse donde se encuentra y encontrarse donde se pierde.

Saludo en Koremblit a un miembro de la resistencia ante lo banal que, con pertinaz empeño, nos propone el rescate de la palabra como elemento definitorio de lo humano. Somos una suma de palabras y cuando las descuidamos corrompemos nuestra propia hechura. Por eso creo que nuestro mejor reconocimiento no será instantáneo. Será una larga porfía en procura de equilibrar el peso de los que ven y escuchan con el de quienes leen y piensan. ¿Acaso no nos incita este escritor en papel Biblia o de diario a sumarnos a una cruzada contra la demolición del lenguaje que es, en definitiva, la huella suprema del espíritu?

Así es y así debe ser, como nos recuerda este príncipe de las letras que, en el diálogo, le abre paso al amigo cercano, que huye del hallazgo ingenioso –aunque los hallazgos ingeniosos no huyan de él–, hallazgo ingenioso que en su prosa tanto nos deslumbra. El noble que deja paso a una lacónica elocuencia, la que más aprecio como síntesis de una erudición estética, reflejo de un espíritu superior

Eso es Korembliit. Un espíritu superior, un hombre que siente la fortuna y la adversidad como signos complementarios del destino que, sin duda, no le resultó condescendiente, pero que supo aceptar y vencer con la sonrisa que siempre se impuso para ser mejor que sí mismo.

Eso es Ezequiel. Un hombre mejor que sí mismo, adalid de la observación sutil, poeta de lo clásico y el absurdo, escritor mordaz y relampagueante, maestro que entiende, como pocos, cuánto aprende al enseñar.

Admiramos en Ezequiel su sentido del humor, una segunda naturaleza de tan refinado calibre que le permite destilar lecciones de honor y de amor, valores que lo distinguen y retratan con rigor.

Ezequiel es un periodista de hoy y un escritor de siempre, contemporáneo de sí mismo, a caballo de dos siglos cuyo paso no lo ha perturbado ni condicionado. Antes bien, lo ha exaltado. Vengo, pues, con la alegría que dan las cosas simples, pero auténticas, a sumarme al reconocimiento a un maestro de las letras y la vida, con la humildad que pueda brindarme sentirme cultor de sus mismos ideales.

Así es y así lo siento, querido Ezequiel, amigo de todas las horas, colega admirado, titiritero de las imágenes y desde sus páginas —que son todas las páginas—, sereno y severo interlocutor de la modernidad. El hombre que ha sabido ofrecernos el augusto cordial de la filigrana humanística y centelleante, junto al tímido juramento de ser feliz.

Con su ejemplo, debemos los periodistas afrontar el desafío de un presente continuo que presagia lo que vendrá, preguntándonos qué haremos en busca de ser socios fécondos del porvenir.

Debemos asumir la crisis de los medios, que no es sino el reflejo esquivo de la crisis más amplia de las sociedades, y hacerlo sin eufemismos ni retaceos, con criterio de realidad, para asegurar la pervivencia de nuestras hojas. Necesitamos, más que nunca, luchar codo a codo, porque son muchos los enemigos de la prensa libre que esperan agazapados el turno para acallarla o someterla

a su arbitrariedad. Encolumnarnos más allá de las ideologías y las distintas maneras de entender la profesión que abrazamos por vocación y servimos con pasión. Por eso, debemos honrar la diversidad y el pluralismo, garantías de renovación y engrandecimiento, prendas de unidad y emblemas de soberanía cultural.

Recordemos, con Víctor Hugo, que la libertad es en la filosofía la razón; en el arte, la inspiración; y en la política, el derecho. En periodismo, un poco de cada cosa, es –no lo dudo– razón, inspiración y derecho.

¿Qué hacen ustedes, nuestros amigos, entre nosotros? Me aventuro a interpretar que su presencia constituye un homenaje elocuente a los principios que la Academia Nacional de Periodismo representa y enarbola, en consonancia con los de sus creadores e impulsores, cuya antorcha hemos recogido en resguardo de los fueros de la libertad y la cultura.

Hemos vivido juntos, periodistas y lectores –lectores con quienes se integra el placer y el deber de escribir– la más fantástica aventura en la evolución de la humanidad, como ha representado el siglo XX, y hemos, asimismo, descrito, no sin horror, las temibles aberraciones de los falsos iluminados que amenazaron con sepultar en las sombras la civilización de siglos.

No es fácil interpretar la vida cada jornada. No es sencillo anticiparse al futuro, correr tras la primicia, imprimir o transmitir con técnicas cada día más rápidamente renovadas, coincidir con el interés del público, servir a las instituciones, pero no a los gobiernos. . .

Y más difícil ahora, cuando sentimos el acecho de los nacientes ciudadanos periodistas, advenidos al calor de las nuevas tecnologías que permiten a cada uno anticiparse con la descripción casi instantánea de acontecimientos con sólo portar un teléfono celular que saque una foto y una computadora que permita volcar una crónica elemental en un *blog*. Ante el desafío de los ciudadanos periodistas, debemos responder honrando el rol y la misión de periodistas ciudadanos.

Ser periodista hoy implica aceptar el reto de dotar de conocimiento y aun de sabiduría a la información, insertando los suce-

sos en los procesos que les dan significado, para eludir el riesgo de convertir al hombre común en un bárbaro lleno de noticias.

Cada avance del periodismo será siempre bienvenido porque representará progreso político, social y cultural. No olvidemos que la invención de la imprenta quebró el monopolio que los clérigos y otras elites tenían de la lectura y abrió el camino hacia la cultura popular y la democracia. No hubieran sido posibles las repúblicas modernas, como hoy se las concibe, sin el más libre acceso a la información y el conocimiento.

Por eso, creo que las formas políticas del futuro estarán delineadas por el modo en que cada sociedad encare tres problemas esenciales: a) la educación, porque el analfabetismo funcional se define cada día con un más exigente umbral de conocimientos generales y especializados; b) la tecnología de la información, que evoluciona permanentemente y terminará –me parece– con la fusión de todos los medios, vista la creciente interdependencia de todas las ideologías y todas las tecnologías, y c) la libertad de expresión, que ya no será solamente un ideal político, será también un imperativo de desarrollo personal, una condición previa para la competencia económica, la empleabilidad y la inclusión social.

Los responsables de los medios gráficos debemos afrontar la encrucijada del presente confiando en que una renovada capacidad de atención del lector –hoy devorado por la ansiedad– pueda permitirle acceder al conocimiento y forjarse la noción de responsabilidad, los criterios éticos esenciales y la sensibilidad que apunta a los intereses superiores del hombre. En una sociedad amenazada por el hedonismo, la incultura y la inmoralidad, los educadores y los periodistas –unos y otros– deberíamos procurar que los espejismos no se conviertan en la vida misma.

Apelemos a nuestras convicciones, como a lo largo de su vida ha hecho y sigue haciendo Bernardo Ezequiel Korembli.

No nos resignemos a convertirnos en rehenes de un destino indefinido.

¡Muchas gracias!

De Jorge Cruz

Académico de número

Agradezco a mi suerte la oportunidad que me ofrece de decir públicamente mi vivo aprecio y mi reconocimiento a Bernardo Ezequiel Korembli. En la cima de sus noventa años, tan bien cumplidos, nos da a todos un ejemplo superior de sabiduría de la vida, sutilizada por la ironía, típica de su sentido del humor. Fiel a una tradición de nuestras letras, el periodismo ha sido la vía por la cual buena parte de su obra literaria ha llegado al lector, siempre concebida y ejecutada con precisión, con pulcritud y con las notas del estilo personalísimo que distingue al ensayista. Korembli lo es en grado eminente. Sus libros lo han probado, y los artículos que por fortuna tenemos ocasión de leer en diarios y revistas lo ratifican mostrándolo en la plenitud de sus lozanas facultades. Alguna vez dijo: “Me gusta soñar que soy el ensayista, el escritor ideal: profundo y brillante a un tiempo, intelectual y esteta en una impecable simultaneidad. Digamos, para definirlo, un escritor como el mar: profundo y espumoso, hondo y cabrilleante”.

Leal discípulo del maestro de los ensayistas, Korembli ha reconocido con frecuencia el magisterio de Miguel de Montaigne, que dio nombre a una forma literaria capaz de abarcar todos los temas con la condición de no ocultar, sino al contrario, la personalidad del autor y su estilo literario. La identificación del género es reciente, apenas del siglo XVI, cuando todos los géneros clásicos estaban ya definidos gracias al esfuerzo de teóricos y eruditos –Aristóteles entre ellos– que analizaron y clasificaron los textos mayores de la tradición literaria griega y latina. La del ensayo es una denominación más bien tentativa, poco rotunda, para un género inasible, difícil de delimitar, que permite al autor una amplia libertad, pero, al mismo tiempo, le exige calidad literaria y una

trama reflexiva impregnada de individualidad. El ensayo ha hecho buenas migas con el periodismo en la forma más compendiosa del artículo. Lo han probado, en nuestro idioma, escritores como Azorín, Unamuno y Ortega. Ellos han señalado, en sus ensayos breves aparecidos en la prensa diaria, el paradigma de esta forma literaria, prestigiada en Hispanoamérica por escritores entre los que le corresponde a nuestro ilustre y joven nonagenario una prioridad indiscutible.

Koremblit ha escrito sobre temas muy variados. Ha indagado en el arte del gran actor Jacobo Ben-Ami; se ha ocupado de intelectuales y de la política; ha escrito sobre el poeta Nicolás Olivari, el autor de *La musa de la mala pata* y mentor del bisoño periodista en sus comienzos, en el diario *Crítica*; ha escrito sobre el humor, que le es connatural; sobre Borges, el insuperable prosista, refractario, como Koremblit, al lugar común; sobre la verdad y la coherencia de la paradoja; sobre la misteriosa Alejandra Pizarnik; sobre nuestra madre Eva; sobre Alberto Gerchunoff, cuyo humorismo brilla en memorables y regocijantes anécdotas; y sobre tanto otros: el director Chesterton; Romain Rolland, el autor francés que durante décadas fue inspirador de jóvenes vocaciones; sobre la poesía, que es para él una condición humana de la existencia; sobre el surrealismo y André Breton, su figura rectora; y sobre innumerables temas que estimulan su inagotable pasión de saber. El mismo Koremblit ha dado la medida de tan universal atracción al decir que le interesa una sola cosa: todo.

Entre sus libros, *La torre de marfil y la política* merece considerarse su obra maestra, por la profundidad con que ha desarrollado un tema candente, que en la fecha de su aparición, en 1952, se debatía en todos los centro culturales del mundo, y que ha vuelto a tratarse cada vez que determinadas circunstancias políticas reclaman acción al intelectual y le señalan el grado de responsabilidad y de su compromiso. Es un trabajo fundamental sobre la cuestión y no asombra que Alfonso Reyes lo haya comparado con el célebre libro de Julien Benda *La traición de los intelectuales*.

Son notables los conocimientos que el autor despliega a lo largo de sus páginas, la minuciosa argumentación y la seducción de un estilo que lo ha consagrado como ensayista de alta jerarquía.

En su primer capítulo, titulado “La conciencia inquieta”, evoca a Montaigne, el señor del castillo de Périgord, en su estancia circular —“santuario egoísta que brindará frutos generosos” en los *Ensayos* inmortales—, donde se ha ocultado “este francés que tiene noticia de todos los acontecimientos del día al propio tiempo que se informa de todos los que ha gozado y padecido el tiempo pasado, a los cuales prefiere, puesto que los segundos (los leídos en los grandes autores) no exigirán ni bandería ni empadronamiento, en tanto que los primeros (la acción directa), con sus llaves militantes, le obligarán a evadirse de su escepticismo, del cual es voluntario prisionero. Las rejas de la celda no restringen su independencia espiritual e intelectual; antes son los guardianes del mundanal infierno que está preso para la libertad de Montaigne. (El mundo exterior es la verdadera cárcel). Es él (el hombre de la torre) quien está libre y mira a su enemigo tras las rejas. Las barras de hierro entrecruzadas separan su diamantina vida (estudiosa y alimentada de ocios productivos), del compromiso que significaría mezclarse a los intereses humanos. Y a la hora de la visita a los presos es él el visitante. Hay que tener sumo cuidado en distinguir la diferencia que existe entre lo que se ve a la derecha y a la izquierda del enrejado. Al menos él, Miguel Eyquem, señor de Montaigne, se considera y se siente libre. Encerrado está todo el mundo que se agita más allá de su torre de Périgord”.

En este sobresaliente fragmento, Koremblyt, a través del gran ensayista francés, plantea con acierto y belleza la disyuntiva que va a debatirse a lo largo del libro. Cuando se dispone a ganar la calle y el camino de la plaza de la ciudad, para ingresar en el campo de la política, el hombre de la torre se detiene advertido por el ejemplo de hombres insignes como Cicerón, Lamartine y Alfred de Vigny, que siguieron senda de la acción. Debe resolverse entre “obedecer al espíritu antipolítico de la torre o mezclarse con los

militantes de la acción pública”. Montaigne no estaba hecho para ejercer esa militancia, ni su lejano heredero porteño lo ha estado para entrar en el “deleznable mundo de la resbaladiza y escurridiza política”, ese “corrupto, descompuesto, séptico y fermentado mundo”, según lo califica Korembly con indignada dureza. Su rechazo se concentra, sobre todo, en la politiquería, ya que la Política con mayúscula, la Política auténtica, se eleva a un plano superior, pues depara bienes reales a la humanidad. Nuestro ensayista, individuo libre que mira a su enemigo detrás de las rejas, ha aceptado la protectora “torre de marfil” del hombre de letras y del pensador, no para encerrarse y renunciar al compromiso sino para que ese compromiso sea más auténtico, lúcido y efectivo.

“Cuando el intelectual –escribe Korembly– llega a darse cuenta de que la Política somete su espíritu libre a pruebas más duras de la flexibilidad y el doblamiento de la personalidad, al cimbreo de los escrúpulos, cuando se encuentra con los consejos de sus colegas, que debe escuchar como guías de su conducta, y las indicaciones de su partido que sugieren docilidad y acomodamiento a lo que no es de su agrado en el orden moral, y a las cuales ha de someterse como a instrucciones pontificias sin réplicas, como bulas que excomulgan al desobediente, (cuando ha llegado a realizar esas comprobaciones) (...) ha llegado el momento de comprender que la acción política no es para él, y que sólo podría serlo al precio de un autosacrificio que muy difícilmente podrá realizar el intelectual”. Frente a la imposición mutiladora de la política, Korembly opta por la preservación de la libertad, así como frente a la literatura comprometida se decide por el compromiso con la literatura. Es este compromiso el que le ha permitido recorrer con honor un camino que hoy alcanza una de sus cumbres.

Además de ser hombre intachable en lo personal, en lo público y en lo profesional, no podemos olvidar que Korembly es un escritor, y que, como tal, trabaja con las palabras, se recrea en ellas y las dispone como un músico ordena sus notas o un pintor,

sus pinceladas. “Soy devoto de las palabras –ha dicho– (las que transmiten una idea sustancial, no las meras lindas palabras), las amo, las idolatro, suspiro por ellas, me enamoran y les hago la corte. Me las como con los ojos cuando las leo y con los oídos cuando las oigo. En suma, que tengo puestas en ellas mi pensamiento y mi sentimiento y todo lo que además pueda poner...”. Cuando Koremblyt habla o escribe sentimos la presencia de las palabras, su peso o su levedad, y ese cariño tan sensual con que las trata. No son meros instrumentos para transmitir conceptos sino objetos con relieve y color, sonidos mórbidos o ásperos que confieren a los conceptos matices muy especiales y, sobre todo, muy personales.

Como escritor, Koremblyt ha utilizado recursos variados y eficaces. Uno de ellos es la paradoja, objeto de un estudio titulado *Coherencia de la paradoja*, referido no a la figura retórica sino a un modo de mirar el mundo absurdo donde estamos inmersos, en el cual descubrimos esas apariencias de verdad que le dan paradójica coherencia. En su prosa es dado comprobar su original vocabulario frecuentado por voces raras e inusuales, que no desciframos, según Koremblyt, debido a nuestra ignorancia; hay neologismos, expresiones extranjeras, juegos de palabras y toda una serie de regodeos estimulados por su ingenio. En un libro reciente titulado *Koremblyt, pensamiento y lenguaje de un humanista*, la profesora Haydée Marta Quadraccia incluye un grupo de entrevistas en las cuales el lector tiene ocasión de sorprender al Koremblyt cotidiano luciendo su sorprendente repentismo al disparar respuestas, con prontitud e ingenio, sobre temas divinos y humanos, públicos y privados, en los que resaltan, como lo expresa la autora, sus condiciones de “prestidigitador lingüístico”. El libro da una selección de breves ensayos publicados en periódicos, entre los que se destacan los escritos para el diario *La Prensa*, de Buenos Aires, con la denominación general de “La mitigación por el humor”. He aquí una expresión adecuadísima para percibir la calidad del humor de nuestro admirado colega, presente en sus

escritos y también en su trato amistoso. Lo sabemos quienes tenemos el placer de tratarlo. Todo, lo mejor y lo peor, puede y debe ser mitigado por el humor. El humor pone en su lugar tanto las presuntuosas satisfacciones como las desesperanzadas desdichas. Creo que ésta es una de las excelentes enseñanzas de Korembliit hombre y de Korembliit escritor.

En una oportunidad, al responder a una pregunta del Cuestionario Proust acerca de cuál era su divisa, respondió: “He intentado negociar con muchas divisas para obtener ganancias que me resarcieran de las pérdidas cotidianas de la vida, con sus rigores y sus implacabilidades, pero aun teniendo mis divisas y mi filosofía, no siempre puedo aplicarlas. Pero hay un lema que es el cirineo que nos ayuda y alivia con las cargas, como Simón Cirineo, que alivió a Jesús ayudándole a llevar la cruz, y es la de decirnos y repetirnos a diario y horario: Si no tengo lo que quiero, quiero lo que tengo. Y el lema que completa y complementa el anterior: Quien quiera en la vida todas las cosas a su gusto, tendrá muchos disgustos en la vida”.

Que el humor, como el Cirineo, nos ayude a sobrellevar los gustos y los disgustos de este paradójico mundo, y que nuestro querido Korembliit siga aleccionándonos con su ejemplo de escritor, comprometido con la literatura, y con su actitud de ciudadano irreprochable, comprometido con la verdad.

Bernardo Ezequiel Korembli:

Palabras de agradecimiento

Si la eternidad existe, nunca olvidaré este acto, y si yo sigo existiendo, aunque no es lo más acaecido, pero muy pronto se cree lo que mucho se desea, este acto imborrable nunca irá a parar a las tristes e injustas galerías del olvido. Antes de expresar mi agradecimiento, he de decir –para ir preparando vuestra indulgencia y pidiendo vuestra paciencia– que soy una criatura antediluviana que no ha renunciado a soñar y que tiene la convicción de que solamente envejecen los viejos. También sé que siempre debemos soñar, que es indicado que soñemos siempre, pero sabiendo –he aquí una sabia simultaneidad– que debemos estar bien despiertos para que se cumplan nuestros sueños. Pues soy (entre otras cosas inconfesables que soy, pero todas ellas muy honrosas) un ser que vive y se mantiene en la lucha agustiniana entre la pasión y el deber, pues de igual modo que soy devoto del seráfico Erasmo, discípulo del omniscio Montaigne, fidelísimo del pánico Spinoza y educando de mi correligionario Maimónides, soy asimismo uno que ha sido fertilizado por la simiente del panhumano San Agustín. Si hallándose en la soledad de un jardín de Hipona oyó una voz que le dijo *tolle et lege*, toma y lee, yo, que no estuve nunca en Hipona, ciudad de las ruinas romanas, sino en la Buenos Aires que ahora se llama Ciudad Autónoma o algo así, también oí el *tolle et lege* del autor de las *Confesiones* y acudí al cisne Shakespeare, al abismal Dosto (así llamamos sus íntimos a Dostoiévski) al emoliente Proust y a nuestros Sarmiento, Martínez Estrada y Borges, que el Señor los tenga de la mano. Nombro a estos poetas e intelectuales, a estos humanistas, y aludo a sus nombres porque, a la altura de mi edad protohistórica, cuando no se puede vivir de ilusiones se vive de alusiones. Una *a* por una *i*.

Una de las felicidades de la a veces aliteraria vida literaria es la de nombrar, evocándolos e incluso invocándolos, a los siemprevivos periodistas que conocí y traté, desde el tiempo en que era un grumete en *Crítica* hasta los actuales de mi sillón de la Academia Nacional de Periodismo en que aquel barbilampiño de 17 es ahora, setenta y tres años después, el que camina, no precisamente con los pasos cortitos y los pies separados, pero sin la resolución y la determinación del que cree que en el mundo habrá que seguirlo... según lo creía a pesar de la inexperiencia, a pesar de la inocencia, a pesar del acné, a pesar de las contrariedades y a pesar de todos los pesares. Es lo cierto que yo cumplo mis años en el idioma de Baudelaire y no en el de Cervantes: que en vez de verificarlos –uso este vocablo porque ahora es un eufemismo salvador– con el contundente, amazotado noventa, los expreso con el delicado *quatre-ving-dix*, cuatro veces veinte más diez. (Digo entre paréntesis, o entre corchetes, que es más elegante, que para parecer de menos edad, el secreto reside en mantenerse delgado, usar ropa clara y no confesar la edad. Por sobre todo, la shakesperiana receta de Falstaff: “Reduce tu abdomen, aumenta tu gracia”).

Creo que debo decir algo respecto del periodista que soy, por lo que agradezco *ab imo pectore*, de todo corazón, al Señor del piso de arriba por haberlo dispuesto así, y a la Academia Nacional de Periodismo por haberlo reconocido distinguiéndome con el sillón (no podía ser otro) que lleva el nombre de San Alberto Gerchunoff, *magister inter magicus et veneficus*. (Las citas en latín dan un prestigio que debe aprovecharse).

Mi ingreso en el archipiélago de *Crítica*, donde cada periodista era una isla con color y fisionomía propios, fue en la etapa en la que se es el incauto, el soso, el ilusionado, quiero decir, cuando se está recién saliendo de la edad del pavo, ave gallinácea representativa de la candidez y buena fe. Con los periodistas, escritores, poetas e intelectuales de toda dimensión que me encontré salté del ave de corral a la más rica, feroz, impecable,

implacable, inteligente y sabia zoología. Pablo Rojas Paz, que ya era el novelista de *Los cocheros de San Blas* pero también el “Negro de la tribuna” con sus crónicas de fútbol; Conrado Nalé Roxló, de quien aprendí que el humor no nos hará felices pero nos compensa de no serlo; Horacio Rega Molina, de quien aprendí a ser temerario y osado ante cualquier dificultad literaria y periódica porque la timidez y la pusilanimidad reciben su castigo: él lo había dicho en octosílabos memorables: “Yo tuve una vez un tema, / y no supe merecerlo, / porque el temor de perderlo / convirtiolo en mal poema”; el uncaule poeta de *La musa de la mala pata*, Nicolás Olivari, sobre el que habría de escribir un libro; Florencio Escardó, que cuarenta años después habría de salvarme impidiéndome entrar en el quirófano donde me esperaba la dentada guadañadora; Edmundo Guibourg, “pucho” Guibourg, que en realidad era un enorme habano partagás; el filadelfo César Tiempo, que me dictó una imborrable lección de filosofía moral; Raúl González Tuñón: en la colmena de *Crítica* había creado los memorables versos de *Miércoles de ceniza* que lo inmortalizarían: “Y no se inmute, amigo: la vida es dura; / con la filosofía poco se goza. / Eche veinte centavos en la ranura / si quiere ver la vida de color de rosa”; su hermano Enrique, el bienquerido y bienoído Roberto A. Tállice: de la *A* sabíamos que era de Alejandro, pero el tiempo haría que fuese Argentores; el desesperado y exasperado Roberto Arlt; la seráfica Zulma Núñez, que sería años y años después miembro fundador de nuestra Academia; el ornitólogo Carlos Selva Andrade, cuya ornitolatría lo llevaba a amar al pájaro carpintero y al pájaro bobo y al ave del paraíso y al encantador picaflor y al rapaz cóndor y a todo lo que tuviera plumas y pico; y a Raúl Damonte Taborda, yerno de Botana, que sería diputado, pero no por la Capital Federal, sino por la China, hija de Botana. Y a los rescatados de España durante la guerra civil Clemente Cimorra, Mariano Perla, cuyas tres columnas corridas *Quién es Quién* revelaban que uno podía ser nadie a poco que Mariano Perla lo decidiera; el ilustre Manuel Fontdevila,

director de *El sol* de Madrid. Los dibujantes grababan a fuego y repujaban labrando en las chapas metálicas de la imaginación escenas tanto escalofrantes cuanto románticas: Zavattaro, el Mono Taborda, el estabilizado Rechain, la ninfa Courtelina, el estrambótico Dedé. El *mot de la fin*, la palabra final de este insuficiente y mezquino inventario se cierra con la mención de los dos escritores que habían tomado para sí el suplemento cultural, publicado en la famosa y además célebre *Revista Multicolor* de los sábados: Jorge Luis Borges y Ulyses Petit de Murat. Allí publicó Borges algunos de los capítulos de *Historia universal de la infamia*. En esas Santa María, La Niña y La Pinta de Natalio Botana, una marinería convertida en pléyade de escritores, poetas e intelectuales descubrirían un nuevo mundo en el periodismo, un mundo que sería el más leído de Latinoamérica, naves a las que pertencí desde el día y el momento –lunes 11 de febrero de 1933 a las siete de la tarde– en que el fáustico Natalio Botana, mostrándome un título, me preguntó cuando fui presentado a él por don Carmelo Calarco: “¿Usted cree que este tema es indicado para una nota?”. Yo no sabía qué contestar, pero me parecía que no, y balbuceando, temblando como un flan, respondí: “No sé, pero me parece que no”. La indicación del Orson Welles del film *El ciudadano*, pero éste uruguayo, fue instantánea: “Escriba sobre ese tema un artículo y luego vemos. No se apure y no se ponga nervioso”. Me mostró un cuarto, contiguo a su faraónico despacho, donde había una Smith Corona, y él se quedó conversando con mi protector, auspiciante y en ese turno progenitor Carmelo Calarco. Volví con la nota (una hoja y cuarto, no más) y el miércoles 13 del segundo mes del año entré en la redacción de *Crítica*, y allí advertí que si la prensa es el cuarto poder, la sala de redacción de un diario es el cuarto donde se trabaja a más no poder. Yo no sabía que febrero viene de *februarius*, derivado de *februa*, que eran los sacrificios expiatorios que los romanos hacían en ese mes. Entonces agregué otro conocimiento: que febrero era propicio, feliz para mí, aunque no habría de serlo para quienes me leyeran a causa de que en febrero empezaba yo a ser periodista.

He de concluir con este *intermezzo* sobre mis once años en el diario que había contribuido a la caída de Irigoyen acaso como compensación por haber colaborado para su segunda ascensión: *Crítica* era paseandera como la sangre en las venas. Si de una parte era amarilla van Gogh, de otra, dada la *pléiade* que la integraba, era celeste como el cielo. Y bien: ¿en qué cielo y bajo qué cielo no hay tormentas? Pero yo sería un irremisible ingrato si no hubiese evocado el ámbito materno de mi lactancia y crianza en el periodismo: en la vida siempre hay un camino verdadero y otro equivocado, y es el equivocado el que suele parecer verdadero. Conocí unos y otros senderos y hasta un tercero, que incluía el error y el acierto, esto es el limbo que nos libra de responsabilidades, y si el limbo es el lugar donde van los que no han sido bautizados, yo he estado entonces en una extraña situación porque en el periodismo, según lo saben mis colegas, se reciben todos los bautizos: de fuego, de agua bendita, de escarmientos, de aprendizajes, de experiencias y de revelaciones. De ataques y persecuciones, de injustas acusaciones, porque el destino de todo hombre superior es el de ser juzgado por sus inferiores. No quiero decir más sobre esta cuestión muy atinente al periodismo y al periodista para que no se diga de mí que uso el atril que me brinda la Academia Nacional de Periodismo para despacharme contra los seres inferiores que juzgan a los superiores. Yo escribí el libro *La torre de marfil y la política*, y en sus trescientas treinta y tres páginas –como para auscultar los bronquios– he demostrado cómo una lucrativa actividad política, que se desenvuelve bajando a las gehenas de Satanás, que hace su descenso a los infiernos, y no precisamente como el amantísimo Orfeo para buscar a Eurídice sino para su aviesa constitucional falsificación de la vida y el espíritu, se impone sobre la espiritualidad y la existencia de una actividad encendida en el pabulo donde arden la vocación, el ansia de libertad, los sagrados deberes del hombre que nos impuso el Gran Dispensador y la solidaridad con los intereses y necesidades de la sociedad humana. Según es la moda, ahora ca-

bría decir *pero bueno*. No, no lo diré. Lo que sí diré, recordando al inmenso e indimense creador de *Los hermanos Karamázov*, es la declaración del despavorido pero agudo Dimitri en el pasaje más estremecedor de la memorable novela: “Dios lucha con el diablo y el campo de batalla es el corazón del hombre”. Política y periodismo pertenecen a la inhumana humanidad, y así es aun cuando los periodistas no se acerquen a los políticos ni separados por una vara de tres metros.

Señoras y señores, y también quienes no sean ni señores ni señoras: no tengo por qué hacer discriminaciones: dos palabras más, no más, aunque en realidad tres, porque, como dice el dulce Virgilio en la *Égloga 75*, *Numero Deus impare gaudet*, a Dios le place el número impar.

Entre los cielos prometidos por los 17 de mi iniciación y los cielos cumplidos de mis 90, los desasosiegos y las desventuras tuvieron sus buenaventuras y sus sosiegos reparadores y compensatorios. La naturaleza demiúrgica, romántica, plena de inteligencia, cultura y humanismo que es el ejercicio del periodismo me han hecho conocer a seres imborrables plenos de claridad, conocimiento y autoridad moral y esplendor estético que jamás irán a parar al negro claustro de la desmemoria, y así la buena fortuna de haberlos conocido y recibido su ascendiente e influjo hace que ahora, celebrando el Día del Periodista y el generoso, benévolo reconocimiento que nuestra Academia hace a la trayectoria de este antediluviano periodista, me sea dado nombrar, recordándolos con gratitud y admiración, a Juan Santos Valmaggia –muchas veces nos conjuramos para votar a quien lo merecía en tantos concursos periodísticos y literarios, ética actitud con la cual demostrábamos cuán justo y verdadero es el título clásico de la información: Fulano *obtuvo* el Premio tal. Los diarios eran sinceros: no titulaban *mereció* el Premio. Lo había *obtenido*-. A Luis Mario Lozzia, siemprevivo Lozzia: nacido un 25 de enero, en igual fecha que Carlomagno, pero él decía que esa coincidencia

no empañaba su gloria. A San Alberto Gerchunoff, a Félix Laíño, maestro y primero entre sus pares, a Alfredo Burnet-Merlín, que alternaba la pintura y los estudios toponímicos con la dirección del Archivo de *La Nación*; a Julio Rodofili, al poeta Miguel Félix de Madrid, al fecundo y jocundo Ilka Krupkin, que alternaba el Evangelio con el Levítico y el Apocalipsis de San Juan con los Salmos de David; a Luis Clur, a José Barcia, a mi favorecedor Ricardo Sáenz Hayes, a quien debo mi ingreso en *La Prensa* y su voto decisivo en el Premio Nacional de Literatura; a Santiago Ganduglia, a Fernando y a Enrique Alonso y así en adelante y adelante con esos maestros del periodismo que contestan a Dostoievski diciendo que en la lucha de Dios con el diablo se hace, es lo cierto, en el corazón del hombre, pero que en muchos casos es el diablo el que se va con la cola entre las piernas y es el Señor quien ilumina su verdad y su justicia.

Nadie es profeta en su charca, con excepción de mi tocayo bíblico Ezequiel, el primero en ver los carros voladores y hoy son los platos u ovnis por él anunciados y que todos ven. Haré, para concluir, una referencia a nuestro amado país. Sé bien que en él, y algunos se hallan en este acto, en esta sala, hay periodistas de primerísimo nivel, de elevada jerarquía, y, por extensión, con más autoridad para hacer la consideración que me permitiré exponer. Lo haré diciéndome que no porque otros tengan mejores pulmones que yo, yo voy a dejar de respirar. Lo diré entre timideces y balbuceos: el gobierno que rige nuestra república es en apariencia demócrata (y ya se sabe que las apariencias engañan: esto se sabe desde los tiempos en que en el seno de la familia Castaña nació María). Es un gobierno democrático en el sentido de que viene de un acto electoral de comicios limpios. Pero, según nos es dado ver, eso es poco y es nada e incluso nada significa: en suma, que es una abstracción metafísica: la asamblea mejor constituida puede sancionar la peor injusticia. En Francia, en nombre de la libertad, la fraternidad y la igualdad, por disposición de piadosos y benevolentes gobernantes de la epiléptica carreta republicana,

sacudiéndose sobre las empedradas calles de París llevaban a la acefalía a miles de ciudadanos. Y los revolucionarios de 1789 no eran ni conservadores ni reaccionarios ni ultramontanos, sino todo lo contrario. Las apariencias engañaban. Los periodistas que en la Argentina piensan, opinan, juzgan, comentan, consideran y hacen sus propias conclusiones (perdón por el lugar común) de lo que oyen y ven, reciben de las autoridades –la máxima, las mínimas y las intermedias– las peores expresiones que permiten una relativa educación, lo digo así para abreviar. ¿Qué ha de hacer el periodista? ¿Sobrellevarlo? ¿Enfrentarlo? ¿Afrontarlo? ¿Aceptarlo? ¿Combatirlo? ¿Autolimitarse? ¿Esperar que aclare, según aconsejaría Don Segundo Sombra? ¿Decir, y decirse ante la agresividad oficial: *No les tengo miedo*? Tú te has limitado, te has circunscripto a juzgarlo. ¿Que lo has juzgado mal? La culpa no es tuya, querido, es de él, que por lo que hizo y lo que dijo no correspondía juzgarlo bien. En mi modesta y humilde opinión, el periodista, también él convencido de que la libertad de prensa conforma la base sustentadora y la esencia misma de las demás libertades públicas, ha de decirse en el más inteligente y sabio de los monólogos, que envidiaría Hamlet, el supremo monologador: “El que nos agrada no lo hace porque es fuerte sino porque es débil”. El pluralismo puede consistir, según vemos, en raros plurales. Plurales a base de singularismos. Esto es, plurales sin la *ese* final. Entonces, si tal es la situación, yo, ante mí, me cuadro, choco lo talones, a la prusiana, hago la venia, y me digo: no te deprimas, no te enojés, no te confundas, no te intimides y *no les tengas miedo*. Usa el atril y sé el periodista del tipo, la naturaleza y el carácter que siempre hubo en nuestra patria con los calificados periodistas con que siempre se lució y se luce, llenos de todo lo que es inteligencia, talento y ética periodística que la distinguió desde el 7 de junio de 1810, como si dijéramos ayer, fecha en que apareció la *Gazeta de Buenos Aires*, hasta este 7 de junio de 2006 de mañana en que la Academia Nacional de Periodismo celebra en esta sala el Día del Periodista.

No alcanzaron seis siglos para completar la catedral de Colonia, y es suficiente y bastante un solo día para realizar la obra prodigiosa de un periódico. El periodismo, cuyo ejercicio empieza en nuestra mocedad y concluye aproximadamente antes de nuestro anochecer, por lo cual excluye algunos años de nuestra experiencia. El mundo y sus criaturas son malos, injustos, egoístas, avaros, materialistas, desespiritualizados; los políticos no tienen calificativo y los gobiernos los tienen, pero no pueden ser pronunciados en un acto serio y ético como éste en que la Academia Nacional de Periodismo celebra el Día del Periodista. Pero si el mundo y las criaturas no fuesen como he dicho que son y en cambio fueran buenos, justos, generosos, románticos, espiritualizados, y los gobiernos y los políticos, honorables y sabios, pues entonces si las criaturas y el mundo fuesen así, el periodista sería un hombre que no tendría absolutamente nada que hacer, excepto informar qué insulsos e inocentes acontecimientos se produjeron ayer.

Esta agresión oral que he infligido a ustedes puede ser perdonada, y Jorge Cruz, Lauro Fernán Laíño y Bartolomé de Vedia, a los que nombro por impecable cuan implacable orden alfabético, absolverme de ella, si se considera que el periodista que soy, y al que Vedia, Laíño y Cruz han celebrado por el especial reconocimiento a mi trayectoria con el que la Academia me honra, me distingue y me conmueve, es un deudor insolvente si quiere agradecer el honor, la distinción y los laureles que sus pares, a quienes quiere y admira, le han ofrendado con una generosidad que no es de este mundo, pero, según se ha escuchado, sí lo es de la sala Borges de la Biblioteca Nacional en esta feliz circunstancia de la Academia Nacional de Periodismo.

Los árboles, cuando conversan, no cambian palabras, cambian pájaros: de igual modo, Cruz, Laíño, Vedia y yo no somos pájaros pero sí oriundos de esos árboles de los que florecen y fructecen conceptos, ideas y bondades. Les agradezco, bienqueridos, bienleídos y hoy bienoídos colegas amigos, sus bondades, sus ideas y sus conceptos. Somos compañeros de remo en las galeras

del periodismo en las que remamos con más sed que Ben Hur a la hora del relevo. Les agradezco, de veras les agradezco, no sólo con la mano en el corazón sino con el corazón en la mano. Otra vez, ¿por qué no?, de verdad, gracias.

Indice

<i>Declaración por el Día del Periodista.....</i>	<i>5</i>
<i>Reconocimiento a Bernardo Ezequiel Korembli.....</i>	<i>7</i>
<i>De Lauro Fernán Laíño - Vicepresidente primero de la Academia Nacional de Periodismo.....</i>	<i>9</i>
<i>De Jorge Cruz - Académico de número</i>	<i>17</i>
<i>Palabras de agradecimiento</i>	<i>25</i>
<i>Otras publicaciones de la Academia Nacional de Periodismo.....</i>	<i>38</i>

Otras publicaciones de la Academia Nacional de Periodismo

- Boletines N°s 1 a 19 (1997 a 2006)
- *Presencia de José Hernández en el periodismo argentino*, por Enrique Mario Mayochi, 1998.
- *Guía histórica de los medios gráficos argentinos en el siglo XIX*, 1998.
- *El otro Moreno*, por Germán Sopena, 2000.
- *Orígenes periodísticos de la crítica de arte*, por Fermín Fèvre, 2001.
- *Periodismo y empatía*, por Ulises Barrera, 2001.
- *Homenaje a Félix H. Laíño*, 2001.
- *Sarmiento y el periodismo*, por Armando Alonso Piñeiro, 2001.
- *El Periodismo como deber social*, por Lauro F. Laíño, 2001.
- *Historia de la idea democrática*, por Mariano Grondona, 2002.
- *Música argentina y mundial*, por Napoleón Cabrera, 2002.
- *Premios a la Creatividad 2001*, por Diez, Pérez y Rudman, 2002.
- *Cara a cara con el mundo*, por Martín Allica, 2002.
- *La identidad de los argentinos*, por Enrique Oliva, 2002.
- *Gerbunoff o el vellocino de la literatura*, por Bernardo Ezequiel Korembli, 2003.

- *La responsabilidad social y la función educativa de los medios de comunicación*, por Rafel Braun, Pedro Simoncini y Federico Peltzer, 2003.
- *Premios a la creatividad 2002*, por Jiménez Corte, Rimoldi y Altabáz, 2003.
- *Revistas de la Biblioteca Nacional argentina (1879-2001)*, por Mario Tesler, 2004.
- *Orígenes de la libertad de prensa*, por Armando Alonso Piñeiro, 2004.
- *La Prensa que he vivido*, por Enrique J. Maccira, 2004.
- *El periodismo cordobés y los años '80 del siglo XIX*, por Efraín U. Bischoff, 2004.
- *Tres batallas por la libertad de prensa*, por Alberto Ricardo Dalla Via, 2004.
- *Doctrina de la real malicia*, por Gregorio Badeni, 2005.
- *La Patagonia de Sopeña*, por Héctor D'Amico, 2005.



Se terminó de imprimir en Impresiones Dunken
Ayacucho 357 (C1025AAG) Buenos Aires
Telefax: 4954-7300 / 4954-7700
e-mail: info@dunken.com.ar
www.dunken.com.ar
Agosto de 2006